



### **LA MISIÓN DE COLMILLO**

**Teresa Huertas Roldán (Andalucía)**

Un día, después de un sueño inquieto, se despertó convertido en una criatura extraña, muy extraña, que él nunca había visto. Hacía tiempo que todas las noches sentía un intenso cosquilleo que, poco a poco, le recorría todo el cuerpo. Por culpa de este, no conseguía dormirse hasta después de medianoche. Normalmente, se despertaba una y otra vez. Y la causa era un sueño, siempre el mismo, en el que aparecían criaturas desconocidas y unos hombres muy extraños. Este sueño rutinario no tenía nada que ver con el lugar en el que vivía, Arizona.

Arizona es más bien un desierto donde los animales, muy escasos, están adaptados a la seca y calurosa vida. Encontrar comida es difícil, y más difícil aún, encontrar agua.

Colmillo era un indio. Tenía la piel oscura, el pelo negro como el ala de un cuervo y los ojos, negros y penetrantes. Era un chico diferente. No se parecía a los demás chicos, los cuales eran buenos cazadores. Él ni siquiera sabía tirar bien una flecha y, cuando fracasaba en el intento, hasta los niños pequeños se reían y mofaban de él. Incluso su padre, el jefe de los Pies Blancos, conocido como Águila Blanca, se reía de él a veces, pero en realidad se sentía avergonzado por tener un hijo incapaz de tirar una flecha. Y en estas situaciones, Colmillo deseaba desaparecer para siempre. Su padre sólo se sentía orgulloso de él cuando resolvía problemas que los demás eran incapaces de solucionar. Porque Colmillo tenía un don: la inteligencia.

Aquel día, después de un sueño inquieto, Colmillo despertó convertido en un lobo. Pensó que no era el mejor momento para que los espíritus hicieran cosas extrañas. Estaban en guerra. La tribu de los Pies Sucios había matado a un miembro de los Pies Blancos, y estos, les habían declarado la guerra.

Dentro de la tienda no había nadie, estaba solo. Consiguió ponerse de pie después de cinco intentos y aún no se atrevía a moverse. Cuando se sintió seguro de sí mismo, levanto la pata derecha y dio su primer paso de lobo. Al salir de la tienda se percató de que todo estaba silencioso y solitario. Parecía que hacía años que no había nadie. No se veía ni un alma, aunque las tiendas y lo demás seguía justo donde lo había visto la noche anterior. Pero de repente, todo quedó sepultado bajo una luz cegadora. De la luz, salió un águila blanca enorme con águilas más pequeñas acompañándola. El águila grande aterrizó enfrente y le dijo: "Tu pueblo se ha ido. Los guerreros se prepararon y fueron a luchar y las mujeres y los niños están a salvo. Si quieres volver a ser un hombre, demuestra lo que sabes". Al terminar de hablar, alzó el vuelo y desapareció en la luz junto a las otras águilas.

Pasó un tiempo cuando Colmillo despertó. Estaba tendido en el suelo y muy confuso. No sabía qué hacer. Quería volver a ser un hombre, pero siendo un lobo, no sabía cómo podría ayudar. ¿Debía ir con las mujeres y los niños o con los guerreros? Nadie lo reconocería y no sabía si ellos lo entenderían. Debió de pasar casi un día hasta que se levantó de un salto con una idea en la cabeza. Descubrió un rastro de pisadas y lo siguió. En esta ocasión, su agudo olfato lo ayudó cuando las pisadas se dividieron junto al río Colorado. Esta señal sólo significaba una cosa. Los guerreros iban en dirección al Gran Cañón, y este era un lugar que dificultaba las posibilidades. Los guerreros llevaban un día y medio de ventaja, así que, decidió no pararse y acelerar el paso.

Debió tardar un día en alcanzarlos.

Lo primero que vio Águila Blanca cuando Colmillo se acercaba, fue una criatura de pelaje grisáceo, orejas puntiagudas y ojos de un azul pálido. El animal se le acercaba y los demás prepararon sus arcos para dispararle. Y cuando estaban a punto de hacerlo, el jefe les gritó que no lo hicieran y no entendían por qué. Pero no tuvieron tiempo de tener respuesta, pues oyeron un cuervo. El cuervo de los Pies Sucios. Rápidamente, todos cogieron los arcos y flechas, los escudos y las lanzas y se prepararon. Colmillo tenía que pensar rápido y, justo en el instante en el que los enemigos dispararon la primera flecha, Colmillo dio un salto y se interpuso entre su gente y los Pies Sucios. Estos nunca habían visto un lobo y al ver sus colmillos afilados y sus enormes garras, volvieron sobre sus pasos y se marcharon.

En ese momento, el águila más grande apareció mientras una luz muy blanca los envolvía. Los Pies Blancos se quedaron sorprendidos ante lo que estaban viendo. El águila rodeó a Colmillo con sus alas, se elevó y dijo: "Has cumplido con tu cometido. Ya puedes volver a ser un hombre". Y desde ese momento, Colmillo volvió a ser un hombre, pero su vida cambió. Poco a poco se fue convirtiendo en el mejor guerrero de la tribu. Ahora se sentía entero, pues tenía la inteligencia y la valentía. Ya nadie podía reírse de él. Años más tarde, Águila Blanca decidió nombrarlo su sucesor y todos estuvieron de acuerdo porque sabían que era el que mejor lo haría.

Colmillo murió siendo un anciano y su sucesor fue su hijo primogénito. Desde entonces, los Pies Blancos pintan en sus escudos la cabeza de un lobo y recuerdan la historia de Colmillo, que los más ancianos le cuentan a los jóvenes para que no cometan los errores de sus antepasados.

Aquello le parecía una broma de mal gusto que alguien le había gastado. ¿Qué diantres hacía un hombre de negocios, en plena noche tirado en la playa? Bill apenas podía moverse, así que se arrastró hasta la arena y permaneció inmóvil a la espera de que alguien pasara y le ayudase.

A la mañana siguiente los hombres más madrugadores corrían por la playa pero ninguno de ellos atendía a Bill, el cual no entendía la razón de su invisibilidad para todos.

Un rayo de sol asomó entre su tempestad al ver que una niña de corta edad lo sujetaba.

Sin saber cómo, Bill ahora estaba en el cuarto de la pequeña. Echó un vistazo a su alrededor y pasó varios minutos observando a la niña, que bailaba ante un espejo, de ojos tan oscuros como el interior de un pozo sin fondo, melena larga y ligeramente ondulada. Meditaba sus pasos de baile como si de una partida de ajedrez se tratara, y Bill no podía dejar de fijarse en ella.

En cuanto la muchacha dejó de agitar su cuerpo y salió de la habitación, el que antes fuera un hombre de negocios se quedó atónito ante lo que sus ojos no podían ver.

Por más que lo intentaba no lograba ver su reflejo en el espejo y a punto estuvo de desvanecerse al darse cuenta de que ya no quedaba ni rastro del cuerpo de aquel empresario, y en lo único que se parecía a él era en que ninguno de ellos tenía sonrisa.

Ahora Bill era un soldadito de madera.

Esa misma noche, sentado al borde de una estantería añoraba con rabia su trabajo e importancia. Para su sorpresa la niña lo cogió entre sus manos y lo llevó hasta la cama, donde con los dedos rascó suavemente la carcasa de madera del soldado, provocándole cosquillas. Bill se sintió raro, incluso

incómodo, jamás se había imaginado así. El día finalizó con un beso de buenas noches a la par que se apagaba la luz. Le hubiera gustado sonreír.

Día tras día Bill disfrutaba un poco más de las sensaciones nuevas, y cuando le faltaban las echaba de menos. Por primera vez valoraba los sentimientos y su corazón logró deshacerse por completo de su armadura.

Meses después la pequeña descubrió algo en él. Su muñeco tenía la boca recta y rígida, no podía sonreír, y por eso decidió regalarle un pequeño tesoro.

Lo cogió entre sus manos y lo acarició. Inclino con cariño un simple lápiz rojo sobre su áspero rostro, y de lado a lado le dibujó una sonrisa que mágicamente le endulzó la mirada.

A Bill ya no le importaba ser pequeño e insignificante para algunos. Ahora sabía que la felicidad no se basa en joyas ni en monedas de oro, sino que son esos pequeños detalles que te regalan sonrisas los que día a día te hacen ser feliz.